

ct

Por eso las curitas

de
Macarena Trigo

(fragmento)

Lee uno de los cuadernos del escritorio.

Verano de 1995. 16 años. En mi mundo ideal, por supuesto, no habría guerras ni nadie sería pobre ni se moriría de hambre. No existiría el dinero. No nos haría falta. Las cosas estarían siempre ahí. Quizá cada uno tuviese una bolsa de cuero de esas de los cuentos de la que podríamos sacar todo lo que necesitásemos. Pero no necesitaríamos muchas cosas. Todas las familias serían felices y al cumplir los 15 cada hijo se iría a recorrer el mundo. Podríamos volar y caminar sin cansarnos. No nos pondríamos enfermos. Tampoco tendríamos hijos. Nacerían de las flores, así que podríamos practicar el sexo libre. Podríamos alimentarnos eternamente a base de pasteles porque serían muy sanos y no engordarían. No necesitaríamos dormir. No seríamos el único planeta habitado. Podríamos viajar por el espacio y a través del tiempo. Los personajes de libros y películas serían reales. El actor que los protagonizase también. Simplemente serían dos personas distintas. Podríamos introducirnos en esos libros o pelis. Habría un idioma universal. No existiría el matrimonio. Existiría Papá Noel y su taller. También existiría la reencarnación y podrías elegir en qué convertirte. Trabajaríamos por gusto, aunque no nos hiciera falta y siempre habría cosas que aprender. Creo que con esto me conformaría.

Fin de la lectura.

Acá donde me ven, me costó muchísimo aprender a leer. Después, cuando aprendí, casi no hacía otra cosa. "A esta niña le tiras un libro y como los perros con los huesos, oye, todo el día ahí, ni se menea", decía mi madre. Y era verdad. Pero al principio, cuando aún no sabía, leer era un castigo. Mi madre no tenía paciencia. Y yo faltaba seguido al colegio y eso no ayudaba. Siempre estaba a punto de irme de viaje y mi madre me sacaba del colegio. "No vas más al colegio. Te vas a vivir con tus abuelos", decía de repente.

Ahí comenzaba un íntimo ritual familiar que consistía en armar un bolso con mi mejor ropa para que los abuelos vieran que mi madre me había cuidado bien. Ya no podía más, estaba harta, pero hasta entonces me había cuidado bien y me mandaba con mi mejor ropa para que todos se dieran cuenta. Armábamos el bolso, el bolso quedaba en la puerta de casa durante días y no iba al colegio. Al final mis abuelos no venían nunca. La que aparecía tarde o temprano era Loli, la asistente social del pueblo. A preguntar por qué no iba al colegio. Es lo que tienen los pueblos españoles, enseguida se enteran las asistentes sociales de todo. Entonces mi madre le explicaba otra vez a Loli que estaba harta y que pensaba que mis abuelos, los padres de mi padre, tenían la obligación de cuidarme. Que si mi padre se había ido por ahí a hacer su vida, ella también tenía derecho a hacer la suya. Y, obviamente, conmigo ahí, no podía. Y Loli le explicaba otra vez a mi madre que el mundo no funcionaba así y que yo tenía que ir al colegio.

Mi padre fue uno de esos hombres a los que en los años ochenta reclutaban para una misteriosa misión de la que rara vez volvían: irse a comprar tabaco.

Proyección. Atraviesa el espacio un autito hecho con un paquete de tabaco.

Que no, no, no. Sobre todo porque el mío no fumaba, pero era una expresión que se usaba mucho cuando era pequeña y siempre me hizo gracia. Mi padre se fumó cuatro años por ahí sin que supiéramos nada hasta que un día llegó la guardia civil y nos dijo que había muerto en un accidente de coche. A mí mucho no me importó, la verdad. Para ese entonces había dejado de rezar pidiendo que volviera y había empezado a rezar pidiendo que se muriera, así que un poco medio que me lo esperaba. Tenía ocho años y fue tremendo pensar que dios había hecho caso de mis oraciones así que, por las dudas, dejé de rezar. Porque yo cuando me ponía a ser mala era malísima y empezaba a desear que se muriesen todos. Y cómo tampoco éramos tantos.

Proyección. Fotos de m. vestida de angelito en un belén viviente.

Estaban mi madre, mi abuela y bueno, después las monjas, pero a ellas nunca les deseé nada malo porque soy de las que tuvo suerte en la vida y conocí monjas buenas, que las hay. Lo que pasa es que se hacen famosas las otras.

Proyección. Foto de una reunión de Hijas de la Caridad españolas en los sesenta.

Con las monjas estuve desde los siete años. Al final, una de las veces en las que armamos el bolso con mi mejor ropa, me cansé de tanto simulacro de viaje, agarré el bolso y a mi abuela y me fui al ayuntamiento.

Proyección. Foto del ayuntamiento del pueblo sobre el que descenden animaciones de Mary Poppins y Macgyver a medida que avanza el relato.

A la municipalidad, a lo de Loli, la asistente social, a contarle que estaba harta también. De mi madre. En fin, no fue tan así, pero la idea era esa. Lo que pasó fue un papelón. Llegamos al ayuntamiento llorando, mi abuela y yo, llorando las dos, cada una agarrando un asa de ese horrible bolso con mi ropa, y resultó que Loli no estaba porque era sábado y ella sólo venía a arreglar los problemas de la gente del pueblo los miércoles, así que nadie entendía qué hacíamos ahí nosotras llorando porque no sabían nada de mi madre, ni de mis abuelos, ni de nada. El mismísimo señor alcalde se hizo cargo del melodrama y eso me impresionó tanto que me dieron dos caramelos y dejé de llorar. Esa tarde el ilustrísimo señor alcalde me llevó en su coche a un internado de monjas.

Un poco importante me sentí, la verdad. Es increíble cómo puede cambiarte la vida en un ratito. Así fue como salí del pueblo. Después sólo volví en vacaciones cuando quedó claro que mi madre seguía estando harta y de los nervios, pero tenía derecho a verme por eso de ser mi madre. Durante diez años ejercí de hija los fines de semana y en vacaciones y el resto del tiempo ejercía de buena alumna.

Proyección. Foto escolar de m.

Siempre fui mejor alumna que hija. Más que nada por eso de que como alumna te ponen nota.

Proyección. Fotos de la primera comunión de m.

Con las monjas me hice atea. Eran buenas pero a mí me parecía aburridísimo todo eso del rosario, el mes de María y bendecir la mesa. Y sobre todo me parecía aburridísima la misa. Pero tenía la

idea de que se portaban muy bien conmigo, por eso de que me daban techo, comida y escuela, a cambio sólo me pedían que fuera a misa y rezara sus cosas, así que lo hacía. También pensaba que así no les debería nada, bastante iba a tener que ahorrar para pagarle a mi madre todo lo que le debía como para encima tener otra deuda con las monjas. No entendía nada yo, claro, porque ellas no se manejan con dinero. Todo lo hacen en comunidad y no tienen bienes propios. La Iglesia tiene de todo, sí, pero las monjas no. Bah, las mías por lo menos, no. Ya digo que tuve suerte.